

esos como los que están teniendo lugar en la actualidad en México. Además, se trata de una contribución a la sociología histórica, marco analítico cuya pertinencia para el estudio de la interrelación entre sociedad, economía y política en contextos nacionales es parte de la tradición de lo que Michael Mann denominara la reflexión acerca de “las fuentes del poder social”. Por ello es que el libro de Salvador Maldonado proporciona elementos que pueden ser de gran importancia para comprender los problemas por lo que atraviesa México en la actualidad (enero de 2011).

Francisco Zapata
El Colegio de México

JOSÉ CARLOS CHIARAMONTE, CARLOS MARICHAL y AIMER GRANADOS (comps.), *Crear la nación. Los nombres de los países de América Latina*, Buenos Aires, Sudamericana, 2008, 378 pp. ISBN 978-950-07-2937-6

En el campo de historia qué tan cierta es la afirmación shakesperiana de que “aquello que llamamos rosa con cualquier otro nombre tendría la misma fragancia.” ¿De verdad las cosas son lo que son y no cómo se las denomina? Más allá de Julieta y Romeo no es fácil sostener esta afirmación, debido a que en muchos sentidos nombrar es crear. No por simple capricho se nombra a algo, y en ese acto fincamos una peculiar relación entre el nombre y lo nombrado. En otros términos, nombrar conlleva motivos y consecuencias.

Crear la nación tiene el subtítulo de *Los nombres de los países de América Latina*, y en su nombre este libro expone su intención. Se trata de una obra dedicada a reflexionar sobre el sentido de los nombres de dieciséis naciones iberoamericanas. La llamada

nueva historia política preocupada por la emergencia de nuevos sujetos políticos y por los dilemas de la acción y representación ciudadana, ensancha sus propuestas apuntando también al estudio de la génesis de las identidades nacionales. Esta nueva forma de estudiar lo político rompe límites disciplinarios, y en búsqueda de respuestas se interna en terrenos y fuentes documentales hasta hace poco reservadas a la literatura, la filología y la semántica. Historia política e historia intelectual se entremezclan en esta obra interesada en responder una serie de interrogantes con los que José Murilo de Carvalho abre el primer capítulo: ¿Habría algo en el nombre de los países que pudiese afectar su identidad y su destino? ¿El nombre hace al país o es el país el que fabrica su nombre? ¿Hay países que crean su nombre y otros que son moldeados por su apelativo?

Nomen est omen sentenciaban los antiguos romanos. El nombre es un signo, un anuncio, un símbolo. El nombre es la clave, y en efecto, si algo deja en claro este libro es que en los nombres de los países están las claves para descifrar las construcciones nacionales. *Crear la nación* no es solo una puesta al día de etimologías y gentilicios de los nombres de países y sus pobladores, sino y sobre todo es una historia de los avatares políticos y culturales para que esos nombres terminaran por imponerse. En todos los capítulos hay una preocupación por ubicar aquellas claves que hicieron posible que los países se llamen como hoy los conocemos. Murilo de Carvalho da cuenta de veintitrés maneras distintas de referir a la madera que dio nombre a Brasil y de otras veintitrés formas ortográficas para escribir ese nombre. Alrededor del tronco de ese árbol se fueron entrecruzando leyendas que convertidas en mitos recorren una larga historia que se inicia con las primeras cartografías del siglo XVI hasta llegar al fervor patriótico que despierta el fútbol en la sociedad brasileña contemporánea.

No hay un patrón único en la elección de los nombres. Los hay de origen prehispánico, colonial y republicano. En unos casos, las

nomenclaturas precolombinas en islas y territorios continentales fueron renombradas con voces europeas; por otra parte, no pocos conquistadores prefirieron mantener las denominaciones aborígenes. Las guerras de independencia y los enrevesados procesos de construcción nacional ratificaron o modificaron los nombres. En la vertiente pacífica de América del Sur, por ejemplo, Chile y Perú conservaron sus antiguos nombres, las audiencias de Charcas y de Quito se transformaron en Bolivia y Ecuador, mientras una zona de la antigua Nueva Granada pasó a denominarse Colombia. ¿Cómo explicar las permanencias y las mudanzas en las denominaciones de los antiguos segmentos de los imperios ibéricos? De eso trata este libro en el que cada autor despliega estrategias atentas a las etimologías, a la historiografía y a la historia de la invención de los nombres con que fueron llamadas los nuevos Estados.

Los resultados son contrastantes, muestra evidente de las profundas fracturas en las sociedades coloniales, agudizadas por los procesos de independencia y las posteriores guerras civiles. Rafael Sagredo estudia Chile, rastrea su origen precolombino y se detiene en las razones de su perduración; entre ellas señala la condición de *Fines Terrae* de la geografía que denomina, el éxito institucional de la república que nombra, y la relativa homogeneidad de la nación que denomina. José Carlos Chiaramonte revisa la zona del Río de la Plata para mostrar el tardío triunfo de la designación de Argentina en un espacio que durante casi medio siglo asoció ese nombre a las aspiraciones hegemónicas de la ciudad-puerto de Buenos Aires. Ana Frega se ocupa de Uruguay y Pablo Buchbinder estudia Paraguay, ambos tratan de ubicar los momentos en que antiguos espacios del virreinato rioplatense trasmataron a provincias y de ahí a naciones independientes. Se repasa la historia de los nombres de esos territorios, ubicando las nomenclaturas en el proceso de alianzas y oposiciones políticas que recortaron los procesos de edificación estatal en el extremo

sur del continente. Por su parte, la matriz bolivariana recorre las denominaciones de Colombia, Venezuela, Ecuador y por supuesto Bolivia. Esther Aillón Soria se ocupa de esta última nación, desentrañando las mudanzas políticas en las denominaciones de un territorio llamado sucesivamente Charcas, Alto Perú, Bolívar y Bolivia. Se trata del único nombre que alude y reconoce la figura del Libertador, y que al mismo tiempo se distancia de él, según advierte la autora, al ser feminizado cuando se impuso el neologismo Bolivia.

El proyecto de la Gran Colombia recorta la suerte de tres naciones: Colombia, Venezuela y Ecuador. Aimer Granados indaga los orígenes de la voz Colombia y su gentilicio colombiano, para encontrar que fue Estados Unidos el espejo al que se asomaron los patriotas neogranadinos. Se trataba de federar antiguas demarcaciones coloniales apropiándose de un nombre que comenzaba a ser usado en la naciente república norteamericana. Francisco Miranda primero, y Simón Bolívar después echaron a andar la idea de usar el nombre del navegante genovés, idea que décadas más tarde terminó por imponerse aunque dentro de límites geográficos mucho más reducidos.

En fechas muy recientes, el actual gobierno de la República de Venezuela ha agregado el calificativo de bolivariana en la denominación decimonónica de aquella nación. Esta circunstancia permite a Dora Dávila reflexionar sobre las disputas que generó y continúa generando el acto de buscar un nombre primero a la gobernación, luego a la capitanía general y por último a una nación soberana independiente de España y separada de la Gran Colombia. En su recorrido desde la pequeña Venecia a la actual República Bolivariana, la autora presenta la historiografía del nombre y la historia política de una región, demostrando que las disputas entre identidades regionales hicieron de la nacionalidad venezolana más una ficción que una realidad. En este mismo sentido, otro capítulo revisa la disputa entre la cos-

ta y la sierra en el actual territorio ecuatoriano, y las maneras en que el conflicto encontró resolución cuando una denominación exclusivamente geográfica. El nombre Ecuador ganó la partida a las ambiciones quiteñas que solo pudieron conservar el nombre de la ciudad capital.

Si en el tránsito a la república buena parte de las unidades administrativas de la Sudamérica española mudaron sus nombres, no sucedió lo mismo con Perú. La perduración se proyectaría también en la continuidad del orden político, está es la hipótesis que sostiene Jesús Cosamalón y que trata de probar indagando la ausencia de discusiones en el criollaje peruano sobre el nombre de la nueva república. Frente a Perú es interesante el contrapunto con México. La trayectoria desde la virreinal denominación de Nueva España a la muy republicana de Estados Unidos Mexicanos es estudiada en dos capítulos. Dorothy Tanck rastrea las luchas por el reconocimiento de una identidad criolla fuertemente asentada desde el siglo XVIII. Sucede que México y los mexicanos ya existían en el nombre de la capital del virreinato, en el nombre de valle en que la ciudad estaba asentada, y en el nombre del arzobispado. Los términos ya existían, se trató entonces de otorgarles un significado nuevo. Por otra parte, Alfredo Ávila prolonga esta reflexión sobre la génesis de la identidad política mexicana, y en el capítulo a su cargo explora los fundamentos del nacionalismo en la posindependencia. Para ello retoma la idea de Francisco del Paso y Troncoso sobre la elasticidad de la denominación Nueva España. La vasta geografía volvía impreciso el ejercicio del poder. En muchos lugares el virrey ejercía una autoridad sólo nominal, dando oportunidad al mantenimiento de otras denominaciones, mientras que en los años de los insurgentes, el nombre de México fue resistido en las regiones, puesto que hacía referencia al centro del poder colonial. Estas batallas por asignar un nombre a la nación se enredó aún más cuando Servando Teresa de Mier echó a andar la

idea de recuperar la nomenclatura prehispánica. Nueva España, decía, tenía poco de España y mucho de Anáhuac. Sería hasta mediados de los años veinte del siglo de la independencia que la denominación de Estados Unidos Mexicanos se asume como el nombre oficial, sin embargo, pasarán muchas décadas para que el conjunto de habitantes se reconozcan como mexicanos.

El recorrido que propone este libro concluye en el espacio antillano. La dualidad en una misma isla entre Haití y Santo Domingo es revisada por Guy Pierre y Pedro San Miguel en sendos capítulos. Haití se revela como la gran subversión. El nombre impuesto en homenaje a los primeros pobladores, enciende alarmas en Santo Domingo, nación que se erigirá frente a una perpetua amenaza exterior tanto haitiana como española. Las etnicidades emergen el Caribe articulando política y etnicidad. Rafael Rojas explica el caso cubano a través del mito de Anteo, ese semidios al que la tierra otorga fuerzas cada vez que cae sobre ella. Cuba, la patria de un criollo insular blanco al que urge diferenciarse del esclavo negro, y para ello enarbola discursos que invocan a la tierra y a la sangre como parte de un imaginario de libertad política y supuesta igualdad racial fundamentos del republicanismo cubano. El libro se cierra con Puerto Rico, una nación sin Estado, construida a partir de la metáfora de “puente entre dos culturas”, una nación en tránsito entre el pasado español y el futuro estadounidense.

En síntesis, *Crear la nación* coordinado por José Carlos Chiaramonte, Carlos Marichal y Aimer Granados, es un estupendo ejercicio de historia e historiografía que devela los entresijos de la conformación de identidades políticas cristalizadas en voluntades por nombrar a los nuevos Estados independientes. El proceso de creación de naciones es largo, complejo y profundo. Un grupo de historiadores se detuvo en una escala de ese recorrido, aquella donde se dirimieron los nombres, y el resultado final es satisfactorio. La obra explica que indagar la formación de nacio-

nes obliga a detenerse en los combates librados por nombrarlas de alguna forma. El estudio de esos combates abre nuevas avenidas para entender procesos tan enmarañados como los de la gestación de identidades y su impacto en la acción política.

Pablo Yankelevich

Escuela Nacional de Antropología e Historia